



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Luchas políticas.



—Te tengo dicho que no vendas *La Época*, porque es contraria en absoluto á los principios del Sr. Pi, y nada, tú te empeñas en que te ponga encima los cinco dedos, por eso... y por marcharte á tomar café económico con el primero que se presenta.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El retorno, por Juan Pérez Zúñiga.—El saco roto, por José Estremera.—¡María santísima, cómo está el mundo!, por Alberto Casañal Shakery.—Un político, por José López Silva.—Mira, Carmen, por Sinesio Delgado.—Cuento de amor, por Alejandro Larrubiera.—Robado y criminal, por Francisco Rodríguez Marín.—Maniobras militares, por Manuel Soriano.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Luchas políticas.—El saco roto (tres viñetas).—Coincidencia (dos viñetas).—Un político (cinco viñetas).—De vuelta del verano.—Un *recordman*, por Cilla.



DE TODO UN POCO

¡Señor, qué vida ésta!

Llego á Madrid molido, después de veinticuatro horas y media de viaje—porque el tren ha venido retrasado según costumbre,—y me pongo á escribir esta crónica de prisa y corriendo, en vez de dedicarme al dulce reposo. ¡Qué vida ésta!

Aún no he podido recibir los efluvios de la amistad ni las caricias de los parientes cercanos.

Mientras escribo cécrcame éstos y me dan la bienvenida, pero yo les hago señas para que no me interrumpan.

Una tía carnal que me quiere con delirio y viene á ser mi segunda ó tercera madre, no quede reprimir su emoción y me besa en el cogote. Yo me estremezco, pero continúo mi tarea. El deber ante todo.

¿Qué más quisiera yo sino poder tumbarme en el sofá, fumando plácidamente una breva y refiriendo mis impresiones de Lisboa, donde pasé tres días deliciosos?

Yo estuve en una fonda excelente, limpia, céntrica y sobre todo, barata. Había allí varios españoles y uno de ellos, que debe de ser un hambrón de todos los demonios, me decía:

—Aquí se come muy bien y hay la ventaja de que se sirven dos comidas: una á las cuatro y otra á las siete, y yo participo de las dos sin pagar «suplemento».

—¿Y cómo se las arregla usted?

—Pues muy fácilmente. En la primera mesa me presento con mi cara natural y en la segunda con antiparras azules y barba postiza. Sólo una vez estuve á punto de que me reconociera el camarero. «¿Qué cuarto tiene usted?—me preguntó.—El 13—le dije.—El caballero del 13 es más joven y no usa antiparras.—Pues yo soy el 13, sólo que he envejecido mucho de subir cuestas.»

Y el mozo se dió por satisfecho.

Las cuestas de Lisboa son horripilantes, pero hay un servicio de ascensores que le elevan á uno por poquísimo dinero. Todo el que tiene grandes aspiraciones se deja elevar, y ya en la cúspide, respira satisfecho y desprecia á los transeuntes de las calles de abajo.

Conmigo subió un chico poeta de Cáceres, y creí que se volvía loco de felicidad.

—Aquí es donde me reconozco águila caudal—decía él.

—Sí, pero en cuanto baje usted, volverá á la humilde condición de pato casero.

Hay en Lisboa teatros preciosos, sobresaliendo el de *Doña Amelia*, inaugurado hace pocos meses. En la actualidad funciona allí una compañía española de zarzuela chica, á cuyo frente figura María González, la portuguesa, y Angel González, un tenor cómico excelente, que yo no sé por qué no trabaja en Madrid.

El público acude todas las noches y aplaude con entusiasmo á nuestros artistas, la prensa les tributa alabanzas y la empresa hace un buen negocio.

Durante el primer entreacto, quise encender un pitillo, y entonces uno de los dependientes de la empresa me señaló, con las mejores formas del mundo, un cartelito fijado en la parte más visible del foyer. El cartelito decía: *Pídesse a fineza de nao fumar*.

Eché escaleras arriba, y encontréme en un saloncillo pertene-

ciente á los anfiteatros principales. Allí había otro cartel que decía: *Prohibese fumar*.

Subí más escalones y llegué á otro salón que corresponde á la galería ó entrada general. En el cartel fijado en el salón había escrito este terrible mandato: *Nao se fuma*.

Esta gradación trajo á mi memoria una escena que ejecutaban los clowns en el circo presentando viajeros de 1.^a, 2.^a y 3.^a clase. Al primero le halagan, le saludan con el sombrero en la mano, y le indican respetuosamente el coche que ha de ocupar. Al segundo le tratan con desdén, y al tercero le sueltan cinco ó seis pescozones seguidos y una patada final.

Algo de esto me ha ocurrido en una oficina del Estado, adonde tuve que ir en busca de un director general que me debe cuatro pesetas.

El primer día me presenté de hongo preguntando por el director y un portero picado de viruelas me dijo muy enfadado:

—No recibe.

—Es que...

—No recibe, he dicho.

—Bueno, pero...

—Que no recibe. ¿Sabe usted leer?

—No, señor.

—No estoy para bromas. Lea usted eso.

Y me obligó á leer un aviso fijado en la pared y redactado en esta forma, poco más ó menos:

«El señor director sólo recibe á los señores senadores ó diputados y personas de distinción vacunadas.»

Á los pocos días volví á la oficina con una chistera flamante y un gabán que tengo muy decentito.

Al verme el portero me sonrió afablemente.

—¿Qué se le ofrece á usted?

—¿El director?

—Pasaré tarjeta. Tome usted asiento.

Dicho se está que no pude sacarle las cuatro pesetas al alto funcionario, porque estos políticos no tienen corazón, pero el portero me colmó de saludos y atenciones, sólo porque mi gabán es parecido á uno que tiene Egulior.

Lo mismo en Portugal que en España, existe la diferencia de procedimiento con relación á las clases y es inútil luchar con el sistema establecido.

De aquí pienso irme á Apolo para abrazar á Sinesio.

Ya verán ustedes cómo me echan del escenario.

¿Que por qué? Porque voy de hongo.

Luis Taboada.

IL RITORNO

Ayer llegaron: los vi.
¡Cómo vienen de los baños
los señores de Castaños,
los que habitan sobre mí
¡Qué semblantes! ¡Cuanta arruga!
¡Si hasta la misma Carola
llevó color de amapola
y trae color de lechuga!
Huyendo de esta gran fragua
de Madrid se fueron todos
á bañarse á Valdelodos,
donde hay un puerto *con agua*,
y se han echado á perder
mientras han estado allí,
y han llegado ayer aquí
como ustedes van á ver.

Quedó el padre en La Bañeza.
No voy, pues, descaminado
si aseguro que ha llegado
la familia sin cabeza.

El tío vuelve cesante,
aunque involuntariamente.
La madre trae en la frente
dos besos de un comandante.

Por alta mar y al acaso
bogaba con el muy zote
bebiendo sidra en un bote,
ó mejor dicho, en un vaso,
y hoy viene tan *embotada*
que dice que no hay más vida
que ir en un bote metida,
como cualquiera pomada.

La niña menor, Lorenza,
que fué con dos avisperos,

trae un novio de ingenieros
y otro novio de Sigüenza.

Trae de menos un colmillo
la niña mayor, Socorro.

¡Se lo dejó en un ventorro,
clavado en un panecillo!

Paz, la de los brazos gruesos,
la que á todo pone trabas,
iba á quedarse en las Navas
y se ha quedado en los huesos.

Y viene sin la patilla
de la derecha su hermano,
porque le ha salido un grano
como un cofre en la mejilla.

Sin nariz viene Ramón,
pues le dió un mordisco un mero.
El dice que fué el bañero,
que era un hombre muy glotón.

La única que ha mejorado
es la criada, Clemencia,
que aunque trae inapetencia
y el color algo quebrado,

si ayer no me engaño yo
y no la vi por detrás,
abulta bastante más
que el día que se marchó.

¡Así regresan, así,
desde sus famosos baños
los señores de Castaños,
los que habitan sobre mí!

Y los he visto volver
como á mil que vi marchar,
que han ido á echarse á nadar
y se han echado á perder.

Juan Pérez Zúñiga.

El saóo roto.

I

- ¿El señor don Lesmes Escandón, notario?
- Servidor de usted. Tome usted asiento.
- El asunto de que vengo á tratar exige gran sigilo y absoluta reserva.
- Cerraré esta puerta, que es la del despacho de mis pasantes... Puede usted hablar con entera libertad.



—Hacé bastantes años entré en clase de administrador y secretario en casa de don Próspero Lavalle. Al poco tiempo alcancé la absoluta confianza de mi principal, hasta el punto de merecer que me confiara el manejo de su inmensa fortuna, conformándose con las cuentas que yo le presentaba y que llegó á no examinar siquiera. Con la confianza que en mí tenía iba conociendo su afecto, del cual á cada momento me daba inequívocas pruebas. Yo le servía con completa fidelidad, correspondiendo con mi asiduidad y mi adhesión á los beneficios que de él recibía.

Don Próspero era viudo, sin hijos, y no tenía más parientes que algunos sobrinos con los que, por disgustos de familia, había roto relaciones hacía bastante tiempo. Por lo cual mis compañeros y subordinados se mostraban celosos de mí, repitiendo con frecuencia que mi nombre había de figurar en el testamento de nuestro jefe, y que yo no tardaría en ser rico por ser don Próspero viejo y estar lleno de achaques.

Yo también creí que mi principal se habría acordado de mí al dictar su última voluntad, y me hacía halagüeñas ilusiones para el porvenir.

Hace pocos días don Próspero cayó enfermo, y los médicos, en una junta á la que yo asistí, convinieron en que, dado lo avanzado de la edad del paciente, el mal tendría seguramente funesto resultado.

Creyendo que se acercaba el fin de mi jefe, y con él el principio de mi felicidad, comencé á sentir una ansiedad devoradora que no me dejaba descansar un momento. «¡Será cierto!—me decía.—¿Voy á ser rico? ¿El afecto que me tiene será tan verdadero y grande que le haga dejarme su fortuna?... ¿ó al menos una parte considerable de ella?... Pero no; después de todo ¿qué soy yo para él? Un dependiente leal... Pero su fortuna en mis manos ha aumentado mucho.»

Con estas y otras cavilaciones la incertidumbre se hacía mayor y hasta me producía fiebre.

No pudiendo resistir tan angustioso estado, resolví salir de dudas de una vez: quise ver su testamento. Pero, de tenerlo hecho, debía estar guardado en su mesa de despacho, cuya llave era la única que no había llegado á confiarme.

Hace poco, aprovechando el sopor en que la fiebre tenía sumido á don Próspero, entré en su alcoba y registré por todas partes hasta dar con la llave del bufete. ¡Qué alegría experimenté al encontrarla! Corrí con ella al despacho y, como un criminal, me cercioré de que nadie podía sorprenderme. La incertidumbre y la ansiedad me detuvieron por algún tiempo, llave en mano, delante de la mesa que encerraba mi felicidad ó una horrible decepción. Abrí por fin uno de los cajones. Allí había un cuaderno bajo una carpeta en que leí estas palabras: «Copia simple de mi testamento». ¡La suerte estaba echada! Iba á saber al fin lo que por tanto tiempo me había preocupado. Leí... devoré más bien el contenido de aquel escrito, y me sentí desfallecer al cerciorarme de que yo no tenía más participación en la herencia que la que tenían los demás empleados en

las oficinas de don Próspero: un legado de una cantidad insignificante. El resto del capital quedaba á favor de don Estanislao Monteleón, un íntimo amigo del testador, que vive en América desde hace algunos años.

—Hasta ahora no veo en qué puedo ser á usted útil en este asunto.

—No sólo puede usted serme útil, sino que de usted depende todo mi porvenir y mi felicidad.

—No comprendo...

—Ya llegaremos. Ayer, en una conversación íntima y confidencial que tuve con don Próspero me dijo:

«Creo que me quedan muy pocos días de vida y siento en el alma que no esté en España mi amigo don Estanislao Monteleón, á quien nombro albacea en mi testamento; pero, por lo que pudiera ocurrir, advierto á usted que mis sobrinos, que son muy mala gente, como han de verse chasqueados cuando conozcan el destino que doy á mis bienes, harán cuanto sea posible para oponerse á que se cumpla mi última voluntad. Y digo esto porque, después de otorgado mi testamento, supe que el notario que lo autorizó es un grandísimo bribón que ha hecho mil picardías y hará cuantas se le presenten con tal que le valgan dinero.»

—¡Señor mfo!...

—¡Eh!

—Debo advertir á usted que el notario ante quien otorgó testamento don Próspero Lavalle soy yo.

—Ya lo sabía.

—¡Eh!

—Y por eso precisamente he venido á ver á usted.

—¡Cómo!

—Porque vengo á proponerle á usted una picardía.

—¿Usted sabe lo que dice?

—Perfectamente. Y usted también sabrá que á medida del servicio que pretendo de usted ha de ser la paga. Para entendernos de una vez: usted ya sabe á cuánto asciende la fortuna de don Próspero; pues si á su muerte, que no se hará esperar, aparece un testamento en el cual se me nombre á mí heredero, partiremos la herencia.....

II

No tardó mucho en morir don Próspero.

Entre sus papeles se encontró un testamento otorgado ante el notario D. Lesmes Escandón en el cual se nombraba heredero universal á D. Narciso Agüera, secretario, administrador y hombre de confianza del finado.

El cual Agüera, según se habrá comprendido, era ni más ni menos que el sujeto que sostuvo con el notario el diálogo anterior.

A nadie sorprendió el suceso, porque todo el mundo sabía la predilección con que había tratado siempre D. Próspero á su administrador; y así habrían quedado las cosas si no les hubiera cambiado por completo la codicia de los sobrinos del difunto, á quienes no podía satisfacer de ningún modo la supuesta decisión de su tío.

Aunque no sospechaban la falsificación del testamento, á fuerza de revolver Roma con Santiago para anularle, hicieron que la justicia sospechara la existencia del delito, que siguiera su pista y que lo descubriera al cabo todo, menos el testamento legítimo, que el notario había hecho desaparecer.

Resultado de lo cual fué que el heredero falso y el notario falsificador fueron condenados á presidio, y que para los efectos de la herencia se declaró el abintestato, siendo llamados á la sucesión los sobrinos del difunto.

III

Don Estanislao Monteleón, el heredero legítimo, á su vuelta de América se enteró de todo lo ocurrido y fué á ver á Agüera, que estaba sufriendo su condena en el presidio de Granada.

Al verle el penado se echó de rodillas á sus pies y vertiendo abundantes lágrimas le dijo:

—Perdón, señor; he sido un miserable, un malvado; no sólo no logré mi criminal intento, sino que privé á usted de una fortuna que le pertenecía; porque ha de saber usted que en el testamento que hicimos desaparecer figuraba usted como único heredero de su buen amigo don Próspero.

—Lo sabía, ¡desgraciado! lo sabía—respondió D. Estanislao.

—Y viene usted á recriminarme, á pedirme cuentas... Tiene usted mucha razón; pero no podrá usted decirme más de lo que me digo yo mismo á todas horas.

—Sí, puedo decirle á usted más: lea usted esa carta de su jefe.

Y trémulo y demudado el infeliz presidiario leyó lo siguiente:

«Acabo de hacer testamento á favor tuyo para que entregues los



»cuatro quintos de mi caudal á mi hijo, á quien como sabes no podría nombrar legalmente mi heredero sin que se sospechara la »deshonra de su madre.»



—Y bien, ¿ese hijo?...
—Ese hijo... era usted, ¡desgraciado!

José Estremera.



¡MARÍA SANTÍSIMA, CÓMO ESTÁ EL MUNDO!

—Señor cura, yo siempre formal he sido
y ni á Dios ni á los hombres nunca he faltado;

pero hoy, aunque confuso y arrepentido, tengo que confesarle grave pecado.

Cometí la primera de las maldades á pesar de mis buenas inclinaciones, pero estaban turbadas mis facultades y yo ya no era dueño de mis acciones.

—Explícate.

—Supongo que usted no ignora que Jacinta me tiene loco perdido, y que soy tan dichoso, que ella me adora y no olvidarme nunca me ha prometido. Pues bien, estando juntos el otro día, yo estaba tan turbado que, lo confieso, sin que me diera cuenta de lo que hacía, le probé que la amaba dándole un beso.
—¡Hola, hola! Eso es grave. Se me figura que el amor de Jacinta te ha trastornado. Pero sigue explicando.

—¿Qué, señor cura?
—Pues todo lo que luego te haya pasado.
—¿Lo que ocurrió más tarde? No fué más que eso.
—Me engañas. Nada al cura debe ocultarse.
—Padre, se lo aseguro. Después del beso no ocurrió nada digno de mencionarse.

Ya sé que mi pecado tan grande ha sido que para mí en el cielo no habrá clemencia. Para purgar la falta que he cometido va usted á mandarme un año de penitencia.
—¿Penitencia? Ninguna.

—Seguramente mi confesión no ha oído. ¡Si la he besado!
—Eso no importa nada, pues ten presente ¡que hoy has sido tú el hombre más inocente de los catorce ó quince que he confesado!

Alberto Casañal Shakery.



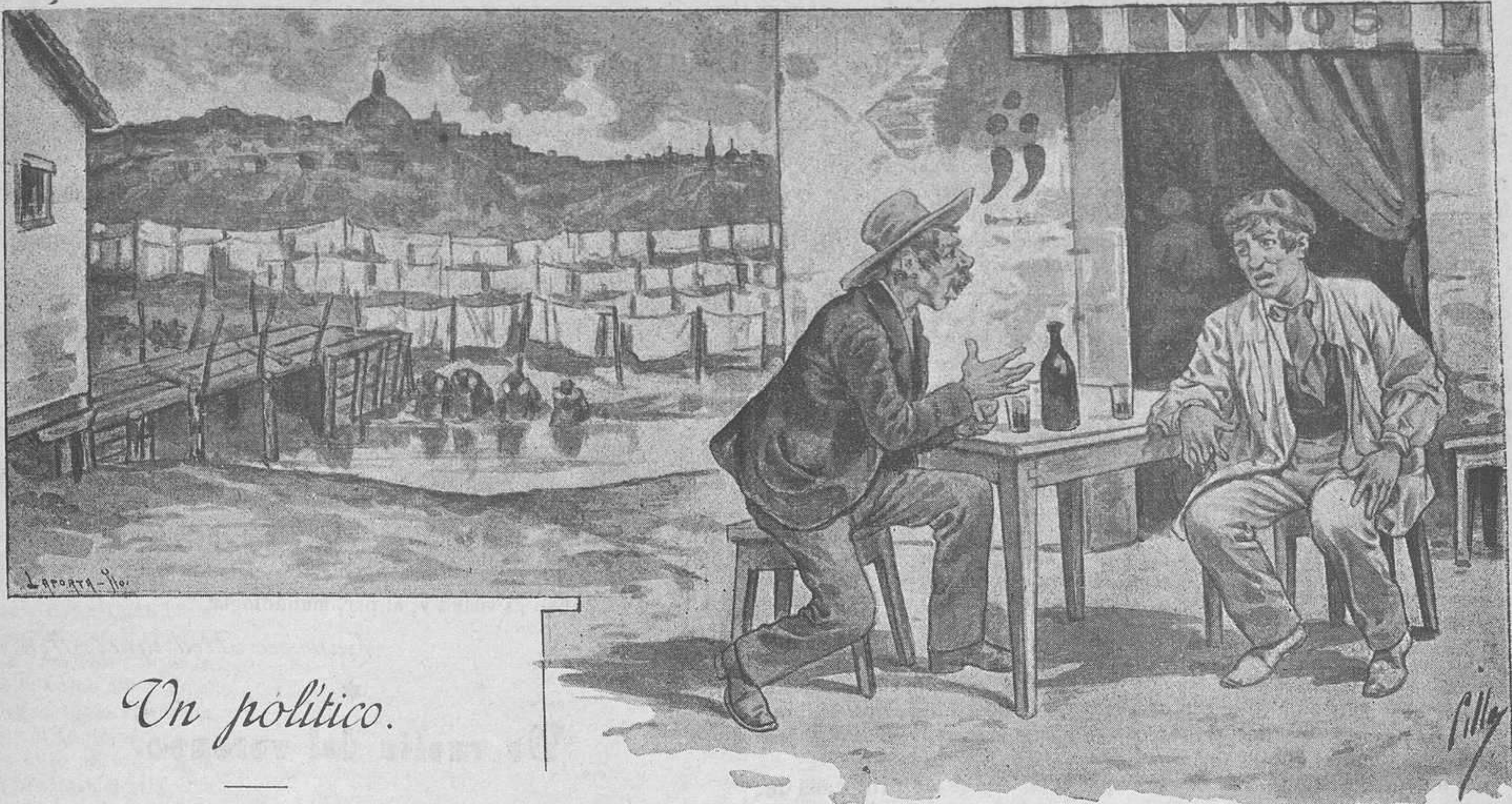
Coincidencia.



—El caso es que salen del taller á las ocho... Si yo encontrara modo de marcharme de casa ahora mismo sin que mi mujer se escamara..



—A las ocho y media va á venir Arturito á traerme el álbum. Si yo hallara un pretexto para que mi marido saliera á dar un paseito por la calle..



Un político.

—¿Tú qué eres?
—Republicano de Orcasitas.
—Buena ideal
—Y qué adelantas con eso?
—Lo que tú con ser de Illescas.



¡Vaya unas preguntas que haces! Adelanto que si llega un día, que pué que llegue, de que triunfe nuestra idea y sube Pi, ú Salmerón, ú Zorrilla ú el que sea, pué que me hagan algo.

—Sí, pué que te hagan...
—Cualquiera que te oiga hablar de ese modo, de seguro que se piensa que yo, dentro del partido, soy cuasi un cero á la izquierda, y no lo soy, porque el hombre que ha tirao toda su hacienda por la causa, me parece que es alguien aquí y en Cuenca, y que tié occión á que el día de mañana se le atienda, si no en efektiv, al menos en algo que se parezca.
—¿Pero que estás ahí ladrando y á que la das de eniencia, si no has tenido en tu vida dos miserables pesetas?
—¡Hombre, bueno, muchas gracias! Que esa ojección me la hiciera cualquiera extraño, pase, porque no hay nadie que tenga, bien mirao, la obligación de saber vidas ajenas; pero que tu, por ejemplo, te haigas atrevido á hacérmela de esa forma, conociéndome, parece una cosa fea.
—Tu sabrás por qué.
—Primero,

porque un amigo de veras no debe hacerle á otro amigo jamás una acción como esa, y segundo, porque faltas á la verdad á sabiendas.
—¿De modo que miento?
—Claro.

Di, ¿no has sido tú albacea de mi padre que esté en gloria?
—Sí.

—¿No estuvistes tú cerca del pobre, en el mismo instante de que perdió la conciencia de sus aztos y le dieron las cuatro nausias aquellas antes de morir?
—Estuve sentao á su cabecera.

—¿No cerrastes tú sus ojos?
—Uno na más.
—Los que fueran.
—El otro, si no me engaño, se le cerró la Teresa por lo sufrido que en vida fué tu buen padre con ella.
—¡Valiente bruta!

—En efetzo, sí que recuerdo que lo era.
—Pues recordando esas cosas tan bien, ¿cómo no te acuerdas de que al fallecer mi padre me entregastes tú de herencia deciséis duros y un fuelle de fragua, que en mala venta me produció, á los tres días de morir él, seis pesetas?



—Bueno, pero el fuelle estaba hipotecao.

—La hipoteca del fuelle, que como sabes importaba una miseria, no la pagué, con ojezto de que luego no dijeran, y como además mi padre tuvo la sabia ocurrencia

pa no serme muy gravoso de morir en la Princesa, la conducción del cádaver, me costó una friolera porque fué englobao con otros en el furgón.
—¡Qué vergüenza pa tít!

—Pa mí no, pa el pobre, que fué con la gente aquella más inferior en talento y en posición y en guapeza.



Pero, en fin, aquí se trata de probarte á ti con pruebas que yo he tenido en el mundo muchas veces dos pesetas y riñones pa gastármelas con la república, ú sea con la nación.

—¡Bueno, bueno, apúntate las que quieras!
—Haz el favor de escucharme con un poco de paciencia. Mira, cuando el movimiento de Badajoz, por más señas, yo, Celedonio Menéndez, le remetí á Asensio Vega noventa riales y un mazo de puros pa que pudiera dar el grito. Yo, Menéndez. Lo cual que desde esa fecha, cuando yo digo una cosa, la hace too dios de cabeza en el comité, y lo puedes averiguar cuando quieras. Luego estuve sufragándole la mantención á un corneta emigrao, más de ocho días, y Pi me escribió una esuela diciendo que así se portan los ciudadanos de veras. Y últimamente he podido perder hasta la pelleja, porque si en lo de Setiembre

no salí con los de Albuera y Garellano, toos saben que fue por la coincidencia de tener la carabina empañá con otras prendas, y de que la Udosa estaba de mi chica la pequeña, y no era cosa tampoco de darla un disgusto en esas circunstancias.

—Muy bien hecho.

—Ahora díme con franqueza si un sujeto tan costante y tan aznegao que llega hasta á vivir del honrao trabajo de su parienta, por no dejarle la causa tiempo material siquiera pa ocuparse de su oficio, tié occión á una recompensa si sube Pi ú Orcasitas, ú Salmeron ú el que sea.
—Lo menos que deben darte es un obispao cualquiera.
—Tanto no, pero cartero de esos de las bicicletas ú concejal, sí que deben hacerme si tien vergüenza.
—¿No te paece, Severiano?
—¡Qué han de hacerte á ti, so acémila, si vales próximamente lo que un catre de tijera!
—¡Bah, ya has levantao las ancas!
—Y no te rompo dos muelas ú tres, pa que te acostumbres á hablar con personas serias, porque conocí á tu madre antes de que tú nacieras, y al pegarte á ti me haría daño en mi propia conciencia.
—¡Muchas gracias!

—Á tu madre.
A mí no me lo agradezcas.

J. López Silva



MIRA, CARMEN

No deben las muchachas
rendirse á sus amantes
ni demasiado pronto
ni demasiado tarde.

Las que su amor conceden
sin lucha ni combate,
las dulces esperanzas
verán evaporarse,

porque no hay hombre alguno
que goce y se entusiasme
con las conquistas rápidas
y las victorias fáciles.

Y las que se entretienen
con dases y tomases
se exponen á que el fuego
de la pasión se apague;

porque en el ansia eterna
se sueñan disparates,
despiertan esos sueños
deseos insaciables,

y luego, cuando ceden
los últimos baluartes,
delirios é ilusiones
la posesión deshace,
así como al que *in mente*
se forja las pirámides
de Egipto, luego, al verlas,
no le parecen grandes.

Por tanto, en tus amores
¡oh encantadora Carmen!
si no te precipitas,
tampoco te retrases.

Sinesio Delgado.

Cuento de amor.

Mientras que el cierzo abate con furia los árboles vecinos, he de contarte, Celeste mía, una historia corta, á condición de que al final selles los labios del historiador con los tuyos, tan frescos y rojos como amapolas al amanecer.

Pues señor, érase una princesa—que como todas las princesas de los cuentos era hermosa y padecía mal de amores por un lindo mozalbete, que—¡no te sonrías!—no era ni trovador ni paje—como en los cuentos viejos son casi siempre los héroes de su cándida fábula.

Muchas veces, en el intrincado bosque que rodeaba el palacio de la princesa, sorprendió á ambos jóvenes en sus tiernas pláticas el anochecer, con su cortejo de sombras y su melancólica música de canciones de labriegos que se retiraban al hogar, chirriar apesadumbrado de carretas y repique de campanas que piden á los hombres un piadoso recuerdo.

Enviándose mutuamente con la punta de los dedos una porción de besos, se separaban nuestros enamorados. La princesa retirábase sigilosamente á sus habitaciones y el galán se alejaba á través del bosque repitiendo sus labios, como se repite una plegaria, las mentiras de oro y rosa que son los lazos que atan los corazones juveniles.

Hasta aquí, Celeste mía, la historia no ofrece particularidad alguna. Entra ahora lo más escabroso de ella, y no sé cómo decidirme á contarte lo que á mí me enseñó sin grandes preámbulos un cronicón en pergamino que relatava el caso con más licencia que galanura.

Cierta tarde de otoño, un imprevisto aguacero obligó á nuestros héroes á refugiarse en las ruinas de un castillo habitado por las aves de rapiña.

Sentáronse los enamorados en una piedra y continuaron su charla: que para el amor cualesquier tiempo y lugar fueron siempre propicios.

Dice el cronicón que en aquella tarde desatáronse espantosamente sobre la haz terrestre los elementos; que el huracán silbaba duro y furioso, que el trueno poblaba el espacio de fragoroso y amedrentador eco; que el rayo partía en dos mitades los más añosos árboles, que la lluvia chapoteaba persistentemente sobre la tierra húmeda, que el relámpago besaba con luz infernal los verdores de la campiña, las rojas fachadas del palacio, los verdinegros troncos de los robles é incendiaba por un segundo las negruras del firmamento.

Atemorizados, la princesa y el galán aproximábanse el uno al otro, como si acercando sus cuerpos fuese menor el riesgo que corrían.

Advierte aquí el cronicón—con mucha cordura—que aquellos que apresan Cupido, cuanto más cerca se ven corren mayor riesgo que pólvora junto al fuego, y que no hay por qué sorprenderse de que la princesa y su amado, al sentir confundirse sus alientos, experimentaran insólito malestar que les hacía mirarse á los ojos con mayor avidez que nunca, mientras que sus cuerpos temblaban como temblaban en tal tarde las hojas de los árboles.

Llegó para ambos jóvenes uno de esos paréntesis de silencio imposibles de sostener cuando el alma rebosa pasión y convierte al cuerpo en un esclavo trémulo y ansioso que, si es menester, atropella por todo con tal de apagar el inenarrable fuego que le consume.

¿Querrás creer Celeste, que nuestro héroe, en el momento decisivo en que pudo ganar la más dulce y sabrosa victoria que puede alcanzarse en la lucha de amor, se levantó del lado de la princesa invocando no sé qué de púdico respeto, precisamente cuando el enemigo quería rendírsele?...

Tu sagacidad femenina me ahorrará el epílogo de esta rápida historia.

Adivinarás que la dama desde aquel momento cobró odio á su galán y que, en justo pago á la respetuosa tontería suya, casó pocos días después con un caballero de la corte que no era, ni mucho me-

nos, tan generoso con el enemigo rendido como el héroe de mi historia.

Y si ésta, Celeste mía, fué de tu agrado, sella los labios del historiador con los tuyos, tan frescos y rojos como amapolas al amanecer...

Alejandro Barrubiera.

ROBADO Y CRIMINAL

Hurtáronme la capa unos ladrones;
conocles y púseles querella.
¿Testigos?... No los hubo; el que atropella
sabe escoger propicias ocasiones.

Gasté en pedir justicia mis doblones;
absuelven á los cacos, y ¡ahora es ella!
que juran que en *su honor* hice gran mella
y que han de hacerme cuartos y jirones.

Me citan ante el juez... Ando entre herejes.
¡Cuántas capas me cuestan, capa mía!
Soy camarón que nada entre cien pejes.

¿Por qué olvidé lo que Jesús decía?
Si te hurtaren la capa, no te quejes.

¡Eso es virtud y, al par, mundología!

Francisco Rodríguez Marín.

De vuelta del verano.



—El último medio duro me lo he dejado en el Escorial, por el capricho de tomar unos bombones... ¡Gracias á que *ésa* ha tenido la ocurrencia de hacer cara al conde! Si no... ¡yo no sé cómo íbamos á pasar el invierno!

MANIOBRAS MILITARES

Un recordman.

Después de una interminable jornada por carretera, se detuvo la columna en un pueblo de la sierra, donde el general dispuso que pernoctase la fuerza, para emprender la jornada tempranito y con la fresca.

Tenía el cabo Ramírez tal partido con las hembras, que no había en el ejército quien, cual Ramírez, hubiera conseguido más victorias en el ramo de domésticas, y así lo justificaban los cien pañuelos de seda que llevaba en su mochila como trofeos de guerra. Por eso, al ver á la hija de su patrona, una bella zagala de quince abriles rubia como las candelas, esbelta como una palma y alegre como una fiesta, el aguerrido Ramírez puso sitio en toda regla á la preciosa zagala, que era orgullo de la aldea, y con palabras dulcísimas de esas que hasta el alma llegan y con miradas que abrasan y con suspiros que queman, tras pertinaz y empeñada lucha de ataque y defensa, logró el bueno de Ramírez que la muchacha le diera una cita á medianoche, en donde pudiera verla sin testigos importunos y sin miedo á una sorpresa. Nadie sabe por qué medios se enteró el sargento Oteiza de la conquista que el bravo Ramírez tenía en puerta; lo cierto es que aquella noche, poco antes de la retreta, le llamó á su alojamiento y le habló de esta manera: —Cabo Ramírez, me han dicho, y bueno es que usted lo sepa, que para esta misma noche nuestro general proyecta un simulacro de ataque cuando la columna duerma. —Está muy bien.

—Es preciso que vigile usted la fuerza, que cada uno esté en su puesto, que todo Cristo esté alerta, y á formar en el instante en que suene la corneta. Vaya usted á cumplir mis órdenes.



—¡Si levantaran la cabeza mis ilustres antepasados, con sus cotas y sus lorigas, y me vieran así, vestido como mi nieto!

—Con permiso.

—Y cada media hora me dará usted parte de todo lo que suceda. Marchóse el cabo Ramírez, renegando de su estrella y del sargento importuno que así le aguaba la fiesta, á cumplir su cometido con la más ciega obediencia. Pero como el tal sargento era un pájaro de cuenta, temeroso el buen Ramírez de una *maniobra* páfida, adoptó las precauciones que la práctica aconseja en tales asuntos, para evitar una sorpresa.

Al sonar las doce en punto en el reloj de la iglesia, y mientras el pobre cabo visita los centinelas, va el sargento á toda prisa al sitio en que, por las señas, la encantadora zagala á su trovador espera. Llega al lugar de la cita, se detiene ante una reja, escucha, tose, estornuda y aguarda con impaciencia. Después, goznes que rechinan, puertas que se abren y cierran, una mujer que se asoma, una mano que hace señas, dos corazones que laten, dos almas que se contemplan, dos suspiros que se pierden y dos besos que se encuentran... Y en esto, cuando la luna va á ocultarse por prudencia entre los flotantes pliegues de una nube opaca y densa, hiende los aires el toque de llamada á la carrera, y allá va el bravo sargento, ligero como una flecha, á pasar lista á los suyos que ya formados le esperan.

Aún se ignora quien dispuso aquel toque de corneta, ni quien tuvo la osadía de armar semejante gresca; lo cierto es que mientras tanto el suceso se comenta, y el general amenaza fusilar á tres docenas, fué Ramírez á la cita de la cándida doncella, y... entonces sí que la luna ocultóse, por prudencia, entre los flotantes pliegues de una nube opaca y densa...

Manuel Soriano.

CHISMES Y CUENTOS.

En Valladolid ha habido también concurso de orfeones.

Y ¿á que no saben ustedes lo que ha pasado?

Pues nada, que los que no obtuvieron el primer premio se marcharon disgustadísimos y dando mueras al jurado, por no faltar á la costumbre establecida.

A mí no me choca esto. Lo que me choca es que haya músico sobre la faz de la tierra que se preste á hacer un viaje para presidir estos concursos si no ponen á su disposición tantos primeros premios como orfeones se presentan.

Porque ya sabe que los desairados, aunque canten mal, han de pedir que le ahorquen inmediatamente.

Al excelentísimo señor duque de Tetuán le ciegan dos cosas: la pasión política y el deseo de volver á ser ministro.

Porque... verán ustedes lo que ha dicho recientemente el propio señor duque:

«Comentando los optimismo del señor Sagasta en las cuestiones financieras, dice que el jefe del gobierno, ó procede contra sus propias convicciones, ó no se entera de nada.»

La cotización de los valores públicos y el estado de los cambios revelan el verdadero estado de las cosas.»

Pues... que me dispense S. E., pero si revelan el verdadero estado de las cosas, es el señor duque el que no se entera de nada.

Porque el día en que dijo todo eso estaba el exterior á 83,60 y los cambios á 18,50.

Cotización que ya quisiera para sí el *preopinante* cuando volviera á empuñar las riendas.

De todos modos, un hombre así no tiene precio.

Porque en la primera *interview* es capaz de decir que los pájaros maman.

En Nimes se ha promovido un regular alboroto con motivo de la prohibición de las corridas de toros.

¡En Nimes, en la cultísima Francia, piden á voz en cuello la diversión que habíamos dado en llamar salvaje!

Habría que decir del toreo lo que Ventura de la Vega decía del matrimonio:

«Mucho contra él se propala, pero cuando todos dan en pedirlo... vamos, Juan, no será cosa tan mala.»

En algunas comarcas se quejan los vinicultores porque la cosecha es buena y no saben dónde poner el vino, porque no han vendido el de la temporada anterior y tienen llenas las vasijas.

Es, pues, de suponer que si la cosecha hubiera sido mala, los susodichos vinicultores habrían bailado de contentos, porque así salían del compromiso divinamente.

Y eso que dicen que «por mucho pan nunca es mal año».

Le pedí á Dios un día,
por suicidarme,
una rubia muy fea
con quien casarme.
Y él dijo:—Escucha...
no podrá ser muy fea
si ha de ser rubia.

EDMUNDO SANVER.

Recorto:

«La comisión inspectora del Teatro Real ha decidido modificar la colocación de la orquesta, agrupándola en forma de semicírculo, para que desde todas las localidades de la sala se perciban los sonidos más al unísono.»

Como no entiendo una palabra de música, y Dios me lo perdone, me he quedado atónito completamente.

Porque... verán ustedes:

Yo estaba en el crasísimo error de que una orquesta tocaba al unísono cuando toda entera daba la misma nota y ¡claro! me chocaba extraordinariamente que por virtud especial del semicírculo ahora, cuando los contrabajos hagan *do*, los violines *mi* y las trompas *sol*, resulte que todos hacen *do* nada más, lo cual es para volver loco á cualquiera.

Gracias á la comisión inspectora del Teatro Real he caído de mi burro, y no volveré á montar en mi vida.

Pero de lo que no me apea la susodicha comisión es de la creencia de que los sonidos se van á percibir *más* al unísono.

Porque una de tres:

Ó no se percibían al unísono antes, ó se percibían ya al unísono, ó... no se podían percibir *menos* al unísono.

Porque un *fa bemol* no puede ser más ni menos *fa bemol* que lo que es aunque la orquesta se ponga en semicírculo, ó en cuclillas.

Libros:

Rubias y morenas, colección de poesías de D. Luis Zapatero, dedicadas, como el título del libro lo indica, á las niñas de todos colores, circunstancia que bastaría para hacer simpática la obra, aunque no contribuyeran á ello, y sí contribuyen, las bellezas del estilo y la corrección de los versos. Precio: 2 pesetas.

Cien refranes andaluces de meteorología, agricultura y economía rural, recogidos de la tradición oral y concordados con los de varios países románicos, por D. Francisco Rodríguez Marín. Folleto curiosísimo é interesante. Precio: una peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Uno que á escribir empieza.—Siempre que escriba usted cantares, cuide de no decir en ellos lo que ya haya dicho todo el mundo, porque el pecado de la vulgaridad mata la poesía del que le hace.

Sr. J de la C.—Lo mismo que las anteriores. Medianilla tirando á mala.

Un rubio.—Algunos tienen gracia. Si quiere usted, vuelva á enviarlos firmados

Sr. D. A. H.—Madrid.—La idea es un poquito fuerte, y la acaban de echar á perder las incorrecciones de la forma, que son bastantes.

Un antiburgués.—No tiene gracia. Digo, me parece.

Majalandrin.—Como es corto, lo publicaré.

«Un alcalde que había en Villatoro
afilaba los cuernos á un toro
y otro alcalde que había en Alcañiz
¡ris, ras! se los cortaba de raíz.

En cuestión de pitones
hay muchas y diversas opiniones.»

Y ris, ras, ya esta usted complacido.

Amebí.—No puede pedirse mayor candor. Lo que se puede pedir es una sílaba más al verso

«vi que solo me hallaba,»

porque no tiene más que siete á todo tirar.

Sr. D. C. N.—Ya sabe usted que no podemos admitir artículos, pero aunque pudiéramos... ¡demonstre! ése es verde como los frescos prados.

+ *K. Dor.*—Ninguna de estas frioleras tiene novedad. Así es que por sabidas deben callarse.

Uno de tantos.—Desgraciadamente, no carece de ripios ni de asonancias.

Araña.—¡Recontra con el jeroglífico! Saca los colores á la cara al mismísimo mengue.

Fulgencio.—Ello es de mal gusto verdaderamente, pero ese defecto es un grano de anís al lado de la versificación.

El chiquitín de la casa.—Dios me libre de decir que no es de usted ese soneto. Pero tiene cierto saborcillo á cosa conocida...

Un poeta rapado.—¡Ay! tampoco puedo aprovechar nada de eso.

Sr. D. A. B.—Madrid.—Lo primero que hay que procurar cuando se escriben versos octosílabos es que cada uno tenga ocho sílabas justas y cabales.

Calamar.—No se puede negar que es filosófica de cabo á rabo, pero de una filosofía vulgar que parte el alma.

Sr. D. A. V.—Madrid.—La idea es buena, pero no está bien desarrollada, en mi opinión humilde.

Sr. D. S. M.—Madrid.—Un soneto como otro cualquiera, que tiene la desventaja de no decir nada de particular absolutamente.

Piruetta.—No está mal la silva. Lo que hay es que tiene una desmesurada extensión para el asunto.

K. Ri. B.—Pues... dos libros: *Pólvora sola* y *Almenaras amargas*.

Querubini.—«La encontré por casualidad
y te lo digo de verdad;
me pareció una visión
de la celeste mansión
signo de la felicidad.»

¡Qué clase de versos ha querido usted hacer? ¡En la duda me abismo!

Con-piscicultura.—Vaya, menos mal; de lo mediano, poco.

X. ***—¡Qué lástima! No puedo aprovechar ninguno.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Teléfono 834.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES